

El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,
LITERATURA, ARTES Y MODAS.

ADVERTENCIA

Hoy se reparte á los suscritores de EL ENTREACTO la litografia ó visita de la ciudad de Tarragona y el drama original titulado Guillermo de Nassau, en cinco actos.

TEATRO DEL PRINCIPE.

El Encubierto de Valencia.

Drama original en cinco actos y en verso, su autor don Antonio Garcia Gutierrez.

Conocida es ya ventajosamente la reputacion justa que goza este literato, para detenerse demasiado, en elogiar sus buenas dotes, y hermosa versificacion. Abunda en extremo de ambas cosas el drama que nos ocupa y el público ha premiado dignamente los esfuerzos del autor. Los cuatro primeros actos, fueron aplaudidos con entusiasmo, y el quinto en varias partes, no habiéndolo sido el final por la lucha terrible entre un padre y un amante á quien tiene que liberrar la heroína del drama. Esta escena que toda ella debe ser muy viva, es demasiado larga y sin duda á tal circunstancia mas que á ninguna otra ha debido su resultado. Los trages fueron exactos en su generalidad, aunque alguno demasiado elegante y poco conveniente al carácter representado; pero en la generalidad estuvo bien decorado.

El señor don Elias Noren estuvo felicísimo en la escena segunda del cuarto acto al recitar los siguientes versos, que por lo lindos no podemos dejar de transmitirlos.

Madre de Dios, amorosa,
Proteje desde este día
Su juventud peligrosa...
Tambien como tú es hermosa,

Tambien como tú es Maria.
Si llega á ti mi querella,
Oye que te ruega un padre,
No por mí, solo por ella,
Por la mísera doncella
Sin el amor de su madre.
Venero de castidad!
Tu que en amor y piedad
Al Dios incógnito igualas,
Tiende sobre ella tus alas
Y protege su horfandad.
No tiene padre; lanzado
En la espantosa corriente
De ese piélago irritado,
El sueño apenas consiente
A su deber de soldado.
Y no me acuses que así
Olvide el dolor de padre
Con tan ciego frenesí..
Señora! ella es mi hija, sí,
Pero la España es mi madre.

La señora doña Matilde Díez estuvo inimitable en algunos pasos, y en todos se mostró maestra: lo mismo diremos del Sr. Romea y poco menos del Sr. Sobrado: en una palabra, todos los actores ejecutaron sus papeles con tal esmero y acierto, que el Sr. don Antonio Maria Gutierrez no pudo menos de manifestarles particularmente su agradecimiento y satisfaccion.

COSTUMBRES DE MADRID.

Una boda en el Lavapies.

I.

Poco mas de las cuatro de la tarde marcarian los relojes de esta capital, tan discordes entre si como distancias los separan, cuando á la puerta de una pigmea y medio ruínosa casa del Lavapies entraba unas boleras la moza Petronila al paso que zurciendo unas calcetas arrullaba á sus padres Andres y Colasa, que dentro del zaguan roncaban á su placer acomodados en dos toscos taburetes de la Alcarria. En torno de este cuadro figuraba otro de dos chiquillos entretenidos en ayudar á un perro con una lavativa de caña, y un poco mas abajo, recostado

en un guardacanton, un mozo como hasta de 25 años, color tribueño, pañuelo en la cabeza, sombrero calañés, marsellés con broches, chaleco de afiligranada botonadura, pantalón ancho, zapato de lazo, cigarro en la oreja y faja de seda que servía á la vez de ceñidor y depósito á una formidable navaja de Albacete.

Una seña de inteligencia produjo el mandato de Petronila para que los dos muchachos marchasen á por los cotidianos dos cuartos de lechuga, pensamiento muy feliz para ellos que en el camino estendian sus proyectos de sisa, sancionados despues y ejecutados si no en metálico, por lo menos en el fresco y sabroso cogollo de la mas robusta pieza; y á esta ausencia se siguió la presentacion del consabido gaché que en perpetuo *avisoro* cruzaba con ávida mirada la espaciosa calle.

Adios güena moza, ¿estas sola?—Si, pero muy enfadaa contigo, porque andas embravecio con la colmillada de tu prima Paca, y no es sentio de un hombre honrao el gastar palique con dos novias á un tiempo—La soleá de la calle de la Paloma me de pecho pa escucharte, reendinísima: ¿no sabes que tú eres la sola: que por dar galas á tu cuerpecito llevo yo arastras los pelendengues del peñon de la Gomera: que tengo estremecio el barrio, y que paso la noche punteando á tu puerta los sonos de mi vihuela?—Calla y no mientas, fullero, calla... que si yo tuviera el genio *hipocrondo* habias ya dao conmigo en la hoya.—Disparata Petronila, pero no llevas razon; porque te lamentas cuando voy á dar el golpe mortal de que casándote conmigo seas mi muger. Disparata, voto á san Lorenzo, cuando mi padre va á venir para arreglar la boda.—Habláras claro: entonces ya estoy convenia; pero vete entretanto, pues si despierta el que duerme, tendremos camorra—¿De veras?—Sí, vete.—Pues me voy salaa... huy... y que talle—Calla—y que salero—Calla y vete. Pascual—¿Así, sin mas ni mas?—¿Pues qué mas quieres?—Ahora lo verás. Y diciendo y haciendo, apretó un soberano pellizco en la redonda, entallada y rolliza cadera de la moza que prorrumpiendo en un grito destemplado obligó á levantar asustados á sus padres, mientras que el galán trasponia la puerta de un solemne brinco. Varias, aunque infructuosas pesquisas se egecutaron por los rincones de la casa hasta que el toque de oracion les condujo á la cena y en seguida á la cama, donde terminaron por entonces las penas de Petronila y las sospechas de sus padres.

II.

Era domingo: día en que el artesano descansa de la semanal tarea, el propietario liquida cuentas con sus inquilinos, el elegante se acicala para presentarse en el París de Madrid, y los devotos se ocupan en obras meritorias para mantener en juego á otros ciento que de grado ó por fuerza se disponen á llevarles el dinero, fruto de sus ganancias y ahorros, cuando la vocinglera campana de san Lorenzo recordaba en el toque de la misa del pueblo, la obligacion á los perezosos, y Andres Junquilla se calaba su sombrero, santiguándose por tres veces antes de encaminarse á la iglesia.

Buenos dias, Andres, dijo con temblorosa voz un hombre que embozado en la capa se llegó hasta la sala, seguido de otros cuatro no menos atentos.—Dios te guarde, Bermejo, respondió Andres, ¿cómo por acá?—El caso es urgente; y así te pido pacencia. Siéntate y escucha, que sin faltar á las buenas obras cumpliremos oyendo la misa de doce en san Sebastian, despues que echemos el sello á nuestro trato con lo ajejo de Juan el Vizco.—Vaya, hombre, que harás pecar á un santo. Y tomaron asiento para que Bermejo se esplicase así.

Ya sabes, amigo Andres, que despues de la contingencia de mi hermano, á quien la poca atencion de la audiencia envió á establecer á Melilla y á mi muger á san Fernando, me mudé á tu vecindad, y dende aquel día veo un que se yo que entre tu hija y el mio, de suerte que no encuentro mas remedio que casarlos pa evitar escándalos del barrio.—Está hecho, Bermejo, respondió Junquilla: vamos al avío. Yo puedo dar al muchacho, dijo el padre del varon, una güena capa y vestido cabal, la metà de la cama donde dormia su tio y la herramienta de su oficio de zapatero.—Corriente por Andres, replicó éste prontamente. Mi chica llevará un colchon, dos sábanas, una manta pa con la capa de su mario, un cántaro, la sarten mediana de mi ajuar, seis pucheros, y otras tantas cazuelas.—Definió, contestó Bermejo, lo demas que lo de la industria. Toca esos cinco y alarga los otros al compadre chato: que será el padrino y por eso me acompaña.—Perfectísimamente: así me gusta, que los hombres sean de los nuestros.

Y el chato ofreció su mano y servicios á Junquilla, al paso que le persuadia de que la sequedad de sus fauces reclamaba el pronto y eficaz auxilio de Juan el Vizco.

III.

Y pasó el día de la boda, con todos los anejos acontecimientos de iglesia, chocolate en cazuela y pelotera de muchachos bajo la gragea de los ochavos de una peseta que el padrino redujo al menudo para solemneizar la fiesta.

Dos guitarras de *rasgueo*, otra de *bajos*, una *bandurria* y una *sonora*, tañidas y punteadas con la indisputable maestría que se acostumbra en aquel barrio, formaron la orquesta y animaron la concurrencia de jóvenes pretendientes y de las mozas sus apasionados en quienes la felicidad de Petronila despertaban envidias haciéndolas, como suele decirse, la boca un agua.

Llegó la noche entre deseos de los bailarines, pereza de los músicos, sentimiento de convidados, esperanza de los novios y cansancio de los padres, cuando en el espacioso portal de la casa de Junquilla alumbrado por un belón de cuatro mecheros y dos candiles á la mano, rompió el baile el padrino con la novia que haciendo gala de un rico collar que este la dió, llamaba al propio tiempo la atención al taconeó de sus pies.

Contiguo al gran salón y en una pequeña alcoba sostenían los casados, en torno de un banquillo, varias cuestiones de naipes, apoyadas frecuentemente en dos soberanos cántaros de vino que reposaban inmediatos con los vasos por coberteras. Todo era bulla, ronda de trago y voces á los nombrados para remplazarse en las interminables seguidillas, mientras se deslizaba por entre la muchedumbre un hombre alto, seco, de cerrada barba, sombrero cordoves y capa con ribete de terciopelo carmesí, el cual reclinándose en el quicio de una puerta continuó por un buen rato en su silencio y observación.

Cerca de las doce serian y el día natural iba á concluir en completa quietud, cosa á la verdad extraña en bodas de esta especie; pero un suceso imprevisto acabó los placeres y dió mutación á la escena.

Había el padrino manifestado al bastonero, cuyo signo ostensible marcaba el grueso palo de una escoba, la necesidad de que bailasen *tres*, los recién casados que en esta parte de la sociedad son novios hasta que otros de la familia los remplazan en la ceremonia del santo sacramento del matrimonio, y el atento director acababa de poner el pensamiento en ejecución, con muestras de aprobación de los circunstantes y envanecimiento del proyecto, cuando desprendiéndose el incógnito del sitio que ocupaba, partió al

medio de la sala y alzando la voz y bajando la mano en tono de poderío previno á los músicos el silencio.

Inmóviles quedaron todos á vista de semejante acción; pero salieron luego de la sorpresa, porque el desinbozo del forastero y un grito espantoso de la novia sirvieron de introducción al siguiente razonamiento.

«Aquí me tienes, Petronila: bien que no esperaba á Raposa; pero aunque corrió la voz de que dende Ceuta me habia pasado al moro no fué cierto, pues estoy de vuelta. Voy á vengarme de tu falsedad, mala hembra, en pago de las promesas que me hiciste cuando puse en el torno á mi pobre hijo, fruto de tus entrañas: yo beberé de tu sangre y así disponete á morir.»

Dijo, y sacando una enorme navaja arremetió con Petronila; pero contestando á esa complicada y brusca indicación con otra igual su marido Pascual se trabó entre los dos una reñida y encarnizada lucha. En el instante se esparció por todas partes la mas terrible confusión: las mesas, sillas, jarros, vasos y vihuelas rodaban á discreción, los grupos de personas caían en desorden: los ayes de los heridos, el rasgar de las navajas, el seco golpe de los palos y el palmoteo de las bofetadas, ofrecia la mas triste armonía; y esta infernal algazara se aumentaba en la oscuridad á que quedó reducido el local desde el principio de la contienda en que se apagaron las luces.

Media hora habia transcurrido desde que empezó la batalla, hasta que la justicia se presentó iluminando la palestra con los faroles de los serenos. Petronila lamentaba dos *jabeques* en la cara: su marido algunas puntadas del arma enemiga, y Raposa no existía. Las averiguaciones del juez dieron por resultado una prisión general, siendo de notar el reconocimiento que este buen magistrado, hizo en el acto, del collar de Petronila que un mes antes fué rabado á su esposa, y con que á la novia obsequió su padrino el chato.

Algunos meses despues se hallaban Petronila en la galera, Pascual en Málaga, el Chato en Ceuta, y otros varios luciendo el grillete en el Prado. La casa permaneció cerrada como las de todos los comprendidos en el proceso; pero la del escribano abierta y de nuevo alhajada con las diligencias de embargo y el importe de la minuta de costas.

EL FISCÓN.

EL AMANTE Y EL ARBOLILLO.

Víctima de su amor á la libertad, huía él de Portugal, su patria, para ponerse á cubierto de la tiranía de su soberano; y ella abrazando todo un porvenir con el brazo de su amante, escuchaba, pensativa, sus proyectos de combate contra la adversidad y sus sueños de una felicidad remota.

Ambos costeaban las encarpadas riberas del Tajo, cuando de pronto se despidió un pedazo de tierra de debajo de sus pies. Fernando que se vió en peligro, abandonó el brazo de su amada, y arrastrado por una pendiente rápida, iba á desaparecer debajo de las aguas, cuando encontró en su caída un débil arbolillo; asióse de él y despues de mil esfuerzos consiguió evitar la catástrofe que le amenazaba.

Llevado de aquel supersticioso entusiasmo que se apodera del alma despues de un gran peligro. «Isabel, exclamó Fernando, oye y respeta la opinion del proscripito. No conozco el poder que me impone tan estraña creencia, pero una voz soberana me dice que mi destino dependerá en lo sucesivo del de este árbol. Voy á correr todos los peligros que consigo trae el destierro, recoge pues ese árbol, Isabel, y no olvides que deben influir en mi suerte el esmero con que le cuides...»

El acento de inspiracion con que Fernando pronunció estas palabras, el milagro inesperado que acababa de salvarse y la solemnidad del vasto espectáculo de la naturaleza, todo en fin contribuyó á que la jóven mirase como un deber religioso la supersticion de su amante.

El arbusto, fué cuidadosamente transportado al jardin de la familia de Isabel, donde firmó muy marcado contraste por su sencillez con los ricos troncos que le decoraban, sin que nadie pudiese alcanzar la causa de semejante capricho. La tierna Isabel prodigaba continuamente los mas protectores cuidados á la planta misteriosa, que para ella germentaba amor.

Mas de un año habia transcurrido desde que Fernando se ausentára, y la ternura de las finas cartas y la lozanía del arbusto protector, consolidaban en Isabel la idea del invencible lazo que unia al parecer dos destinos tan diferentes entre sí.

Sin embargo, una mañana del mes de agosto de 1850, en que Isabel fiel á su peregrinacion de amor, iba á visitar al arbusto, se estremeció al notar una aparicion de muerte en todos sus retoños. Apodérase de ella la mayor inquietud, se

informa, pregunta y sabe al fin que una bala de su hermano, que habia salido á cazar, habia alcanzado el objeto de sus tiernos cuidados, cortando en el arbusto todo principio de vida.

El lector que está ya orientando en los secretos de la jóven, conoce la causa de su dolor y de sus sollozos que sus padres atribuian á la pérdida de un arbolillo verde. Sin embargo, cuando reflexionó acerca de tamaña desgracia, miró por primera vez como una quimera, fruto de una imaginacion estraviada lo que hasta entonces habia creído religiosamente; y le afirmó mas en esta opinion la lectura de las últimas cartas de Fernando en las que, fiel siempre á su amor, se complacia en anunciarle como muy próximo el término del lejano porvenir que prometia á los dos una felicidad duradera.

Isabel se consolaba con esta idea y rechazaba todo siniestro pensamiento acerca de la suerte de Fernando; pero llevada de su cariño, anhelaba sin embargo con amorosa impaciencia la época señalada para recibir una prenda de amor... Pero esta vez pasó la época sin que Fernando escribiera; y despues de muchos dias de lágrimas; supo al fin Isabel, que el mismo dia que su árbol habia sido roto, habia sucumbido Fernando, herido por una bala suiza en Paris, que se habia sublevado al grito de *libertad*. El jóven portugues habia hecho prodigios de valor, y el relato de la gloria que adquiriera, hubiera podido consolar á Isabel si consuelo admitiese el pesar que causa la muerte de un amante.—C.

La esposa del Comerciante.

Habiendo partido un comerciante de Inglaterra á una de las islas de América, adquirió una fortuna muy considerable; y creyendo que no podría ser feliz si no la partia con una esposa de sobresalientes prendas, no perdió diligencia alguna para buscarla en la isla; pero como no la encontrase de su gusto, tomó el partido de encargarla á uno de sus corresponsales de Londres, cuya probidad le era muy conocida. Presentaremos á nuestros lectores un extracto de la carta que le remitió, por habernos parecido bastante curiosa. Despues de hablar en ella de varios asuntos, enlazaba del modo siguiente, el artículo relativo á su esposa.

Item. Habiendo resuelto casarme, y no encontrando en esta isla partido que me convenga, os ruego que me enviéis con la primera embarcacion que salga para

esta plaza, una joven de la forma y cualidades siguientes. Con respecto a la dote nada exijo; pero si deseo que mi futura, sea de familia honrada, de edad de veinte á veinticinco años, estatura mediana, formas proporcionadas, semblante agradable, caracter docil, y de costumbres irreprehensibles; que goce de una salud y constitucion bastante robusta para soportar la mudanza del clima, no sea que me encuentre en la precision de buscar otra esposa, por la pérdida de la que es objeto de esta carta; lo que tendria grandes inconvenientes, si se atiende la gran distancia, peligro de la travesía y coste de conduccion. Si llegase á esta isla con las condiciones arriba enumeradas (y no averiada) con la presente letra que me endosareis, ó al menos con una copia autorizada, para evitar equivocaciones y fraudes, me obligó á aceptar la letra y á desposarme con la portadora, á quince dias vista. Y para que conste firmo la presente &c.

El corresponsal de Londres leyó y relejó este artículo original que hablaba de la esposa futura, en los mismos términos, que de los fardos de mercaderías que su amigo le encargaba, y habiendo admirado la prudente precision y laconismo del americano, se dispuso á darle gusto. Despues de muchas pesquisas é indagaciones, creyó encontrar el objeto deseado en una señorita amable, aunque pobre, y aceptada por ella la proposicion del comerciante, la embarcó en un buque á la carga, bien provista de los certificados necesarios y en forma, endosados por el corresponsal, y comprendida en la factura de envios, en estos terminos.

«Item. Una joven doncella de veinticinco años, de la forma, cualidades y circunstancias requeridas, como consta por los testimonios y pruebas que dará á su llegada»

Antes de darse á la vela la embarcacion, el corresponsal envió al futuro esposo una carta de aviso, noticiándole la preciosa mercadería adquirida á su nombre, con el objeto, sin duda, de que al presentar el americano su carta de cambio, no quedase en descubierto.

La remesa abordó al puerto con toda felicidad. El americano acudió á presenciar el desembarque; y vió salir á tierra á una joven muy hermosa y amable, la que no bien le oyó nombrar, le dijo. Caballero, tengo un efecto contra vos y espero que lo pagareis. Diciendo esto le entregó la carta de su corresponsal en cuyo reverso estaba escrito: pase á la orden de la señorita C...

—Señorita, dijo el americano, jamás

Le permitido que se protestasen mis letras de cambio y os aseguro que no consentiré que sea la presente la primera que se me proteste. Señorita, me creeré el mas feliz de los hombres si me dais el gusto de aceptarla.

No tardó mucho tiempo en seguirse á tan singular entrevista el enlace de los dos esposos, y este matrimonio fue de los mas felices de la colonia. v.

POESIA.

La noche serena.

¡Cuanto eres noche fúnebre
A mis dolencias pia!
¡Cual tu silencio místico
Vierte en el alma mia
Dulce y tierno solaz!
Deliciosa es tu atmósfera
Blancas tus nubes puras,
Que semejan imágenes
De glorias y venturas
De consuelo y de paz.

Rompen sus aúreos cálices
Las tímidas estrellas,
Y de esa escélsa bóveda
Siembran antorchas bellas
El fantástico azul,
Mientras brillando trémula
La luna entre celajes,
En vago perfil crúzase
Muy vistosos de encajes
Pabellones de tul.

Sus tornasoles májicos
Caen del mundo en la alfombra,
Y su lluvia fosfórica
Trueca la opaca sombra
En tintas de oropel:
Y esmaltada de aljófares
La tierra vaporosa
Se nos muestra magnífica,
Cual ara misteriosa,
Bajo un rico dosel.

Sopla un sonido armónico
Fresca y sutil la brisa,
Y los mecidos árboles
Mienten leve sonrisa
Que temedando van:
Tristes las cañas frágiles,
Sin matiz las violas,
Mustios los verdes céspedes,
Tibias las amapolas,
Cerrado el tulipán.

Con tu fulgor sin límites
Dulce y amena bañas,
Vastas campiñas fértiles
Y gigantes montañas
Tu vuelo al desplegar,

Y retratas solícita
Tu vapor transparente
En el espejo diáfano
Del arroyo y la fuente,
De los ríos y el mar.

Resbalas suavísima
Entre nubes lijera,
Y delicado bálsamo
Derramas hechicera
De su velo al través:

Ciérrese entonces lánguida
Del mundo la pupila,
Y desde el solio empírico
Ves risueña y tranquila
Muerto el mundo á tus pies.

Ves cual celan unánimes
Doblando su alta frente
Egipto sus pirámides,
Sus riquezas Oriente,
Roma sus glorias mil,
Y duermen sus alcázares,
Y entre humo ceniciento
Sus mudos geroglíficos,
Sus mármoles sin cuento,
Sus tronos de marfil.

Bajo sus anchos pórticos
Silencio triste impera:
Perfumes odoríferos
No embalsaman la esfera
Del brillante salón:

Yace ajada la púrpura
Porque su escelso dueño,
Tras tormentosa crápula
Rindióse al blando sueño
De grata orquesta al son.

Solo así puede el mísero,
Después de males tantos,
Gozar, noche benéfica,
Tus gracias, tus encantos
Como supremo bien,

Y en vez del pan de lágrimas,
Que es su común sustento,
De saludables néctares
Placentera un momento
Riegas su enjuta sien.

Solo así ardiente el ánima
Del que angustiado vela,
Rompe sus duras cárceles
Y deja el cuerpo y vuela
A la eterna región.

Y ve de tiernas vírgenes
El sacrosanto coro,
Y escucha de los ángeles
Vibrando en arpas de oro
Los cánticos de Sion.

Y de esa altura súbito
Desciende al menor ruido,
Y despertando lúgubre
Lee en el mundo dormido
Una amarga verdad:

Grande, inmenso sarcófago
Se presenta á sus ojos:
Infinitos cadáveres
Son los pobres despojos
De tanta vanidad.

Deja noche que delire
Con tu magestad amena,
Y que mi pecho suspire,
Para que el ambar respire
De tu atmósfera serena.

Cuando al compás de la nada,
Cual rápida una cascada,
Resbalan tus horas pías,
Huyen del alma cansada
Las historias de mis días.

No hallo en ti fieros rigores
En vez de mansos consuelos,
Ni das penas por favores,
Ni desdenes por amores,
Ni por esperanzas zelos.

Tus sagradas ilusiones
El pensamiento no agitan:
Borras de los corazones
La huella de las pasiones
Y sosegados palpitan.

Así puede el pecho mio
Fervoroso contemplar,
Que nuestro destino pio
Nos lleva cual manso río
A fenecer en el mar.

Así comprende la mente,
Como inefable fortuna,
Cuanto fué el cielo clemente
En señalar al viviente
Sepulcro junto á su cuna.

Así en fin rompes la venda
Que un día cubrió mis ojos,
Y sin que la luz me ofenda
Veo un término á esta senda,
Y término á sus abrojos.

Dime ¡oh noche! Ese consuelo,
Ese zafirino cielo
Con que el ánima delira
Bajo tu solemne velo
¿Ha de ser también mentira?

Tantas venturas soñé,
Que apenas discernir sé
Cuando siento esa voz muda
Si el veneno es de la duda
O el bálsamo es de la fé.
¿Es de la verdad emblema,
O es el funesto anatema
De fugitiva ilusión,
Que por mas tormento quema
Mi marchito corazón?

Ten, noche, piedad de mí:
Ve mi frente ajada ya,
Mucho en el mundo sufrí...
Si tanta pena hay aquí
Habrá dichas mas allá.

De ese prometido Eden
Quiero caminar en pos:

Es mi esperanza, mi bien,
Y si me engaño también
No me lo digas por Dios.
Deja noche que delire
Con tu magestad amena,
Y que mi pecho suspire
Para que el ambar respire
De tu atmósfera serena.

Clara, importuna ráfaga
Tiñendo el horizonte
Dora la escelsa cúpula,
Y la cumbre del monte
De lejano confín.

Bronco, infernal estrépito,
Prolongado alarido
De la tierra en el ámbito
Hiere otra vez mi oído
¡Noche, llegó tu fin!

Tornará la diabólica
La estúpida comparsa,
Y jugará frenético
En la mundana farsa
Cada cual su papel.

Tornará el mundo hipócrita
Y el mundo desdichado,
Este vertiendo lágrimas
Al pie del otro ornado
De plumas y oropel.

Tornarán danzas, músicas,
Celestiales mugeres:
Del infortunio sátira
Lascivos los placeres
Ballarán otra vez.

Las pasiones impúdicas
Su rostro recatando,
Bajo pintada máscara
Irá el vicio ostentando
La carcomida tez.

¡Maldades tan sin número,
Pena y desdicha tanta,
Verá el alba castísima
Cuando el trono levanta
De luz y de arrebol!

¡Tanta sonrisa irónica,
Tanto sentido llero
Coronará magnífico
Con la diadema de oro
Desde su imperio el sol!

Tus goces dulces, cándidos
Cesarán de improviso!
¡Noche, cuanto es tiránico
Volver de un paraíso
A ese agitado mar!
Pasaste vaga aérea,
Cual rica fantasía,
Y ahora en vapor disipaste
Cuando contemplo al día
Bullicioso tornar.

Borrascosa ó serena
Tu tornarás también:
Entonces noche amena
De misterios mil llena
Luz darás á mi sien.
Tu calma funeraria
Tal vez turbaré al son
De una humilde plegaria,
Que el alma solitaria
Le inspire al corazón;
Y si tu negro velo
Cubre del ara el pie,
Buscaré mi consuelo
En el altar del cielo
Con la luz de la fé.

A. Ferrer del Rio.

TEATRO DEL PRÍNCIPE.

En la noche del 24 tuvo efecto la primera representación de la comedia en un acto traducida del francés y titulada: *La hostería de Segurz*. La coincidencia particular de haberse estrenado hace pocos días en el Liceo de esta capital, y la solemnidad del día, atrajo al teatro un número considerable de personas.

La piecercita está sembrada de chistes mas ó menos delicados, hay situaciones cómicas, unas verdaderas y otras falsas, pero que hacen reír á pesar de todo; tiene su coplita á lo último pidiendo una palmas con que el público la ha coronado, á nuestro entender con justicia; y en una palabra, está traducida con bastante acierto.

La ejecución ha sido esmerada como la mayor parte de las que hemos visto en este año cómico, sobresaliendo notablemente la señora Díez que, á pesar de su finura y delicadeza, imitaba con sin igual maestría los extraños ademanes de una aldeana, y el señor Guzman que valido de los inmensos recursos que posee en el arte de la declamación, tuvo al público gustosamente entretenido en todo el curso de la pieza, bien que su papel es el mas agraciado de toda ella.

Hemos notado que *La Hosteria* no ha agradado tanto á algunas personas en el Liceo como en el teatro, consistiendo esto á nuestro parecer, en que el que ha desempeñado en el Liceo el papel de *Segura* lo ha caricaturizado en demasia, degenerando en un payo de mal tono, lo que está muy lejos de representar el papel de la comedia. —Esto, sin embargo, creemos que sea efecto de la facilidad que tiene el señor Arana para ejecutar esta clase de papeles con singular viveza.

CIRCO OLIMPICO.

Para elojiar debidamente las funciones que se ejecutan en este local, basta ver la numerosa concurrencia que á ellas asiste. sobre ser numerosa fue lucida, como siempre, la del viernes último. Las elegantes colgaduras puestas con el mayor gusto en los palcos y barandillas, y la iluminación que tuvo lugar con motivo de los días de la reina gobernadora daban al Circo un aspecto pintoresco y por demas encantados.

La funcion fue selecta y variada: comenzó por la lucha de los volteadores, en la que todos los individuos de la compañía trabajaron á porfia, disputándose los aplausos que, al terminar la lucha, llovieron sobre todos en copioso número. Siguiéron varios ejercicios por la señorita Horny, y divirtió bastante el enaquito don Francisco haciendo el papel de la señora Matias; y si en esto pasamos de largo es por hablar de las suertes de mayor mérito que á caballo pueden ejecutarse, aludimos á la escena del Chino ejecutada por el señor Amand. Este Atleta del Circo causa asombro y admiración cada vez que parte á todo escape con el caballo Ardiente y se coloca sobre él, como pudiera hacerlo sobre el mas sólido pavimento, ya sosteniéndose en las puntas de los pies, ya guardando pasmosamente el equilibrio echando el cuerpo atras. Pero lo mas prodigioso de esta escena es el salto de las barreas: asido el señor Amand con su brazo de hierro á las pobladas crines del caballo salva un espacio considerable al mismo tiempo que el ardiente quedando montado sobre él ya al derecho, ya al revés, ó como mejor le place. Cuantas veces se repita esta escena recojerá el señor Amand los bravos y aclamaciones que el público le prodigó justamente. El señor Joannet ejecutó la escena del Catalan con la propiedad y maestría, que tiene tan acreditadas. El caballo Beduino obedeciendo como un perro á la voz de su amo, da lugar á que el espectador admire la paciencia y el tiempo empleados con tanto provecho por el señor Paul para adiestrarlo hasta un extremo tan sorprendente.

Lo mas notable de la segunda parte de la funcion fue la representacion del Valenciano por el dije de la compañía por la niña Emilia Paul, la cual manejó la manta; picó su cigarro y hechó las correspondientes yescas con la gracia que le es peculiar; luego tocó en la guitarra el Polo del contrabandista lo cantó, y transformándose en maja bailó la cachucha y las manchegas á todo escape, sin que dejara de oír aplausos en todo

el tiempo que estuvo trabajando. Por último el señor Isidoro imitó felizmente las actitudes de varias estatuas de la antigüedad, y el público remuneró sus esfuerzos.

Para que nada faltase á la funcion del viernes llegaron á amenizarla dos acontecimientos, que no se anunciaron en el programa: fue el primero una orden de la autoridad para que los espectadores estuviesen con los sombreros en la mano, lo que dió lugar á que la autoridad se pusiese en ridiculo por mandar una cosa á que el público no estaba acostumbrado: los que concurren al circo acostumbran á estar con los sombreros puestos, de la misma manera que los concurrentes á los toros estan acostumbrados á que la autoridad que preside la plaza no mande echar perros á los toros que toman varas y se ceban en los caballos. La misma autoridad reconoció que habia de pgnar con la costumbre, dió contraorden, y los espectadores que aun tenían los sombreros en la mano, se los calaron al punto.

Segundo acontecimiento: empezaron á circular de boca en boca nombres de ministros caídos y ensalzados: oímos hablar de asonadas y candidaturas, y sacamos finalmente en limpio que el ministerio Arrazola no era eterno como algunos habian empezado á creer.

ANUNCIO.

Boletin bibliografico.

Periodico general de todo lo que se publica en España y lo mas notable del Estrangero, en el ramo de libros, folletos, periodicos politicos y literarios, grabados, litografias, cartas geograficas, música &c.

El Boletin Bibliografico se publicará porahora, dos veces cada mes, á saber: en los días 1.º y 16 empezando desde 1.º de agosto proximo. Cada número constará de 16 páginas de buen papel en 8.º marquilla. Su precio será de 12 rs. vn. por seis meses, ó 20 rs. por cada año en Madrid, y de 14 y 24 en las provincias franco de porte. Se reciben las suscripciones en Madrid en la libreria europea de Denné, Hidalgo y Compañía calle de la Montera núm. 12 cuarto principal y en las provincias en las principales librerías y administraciones de Correos.

El prospecto del Boletin se reparte gratis en dicha libreria europea.

EDITOR: DON IGNACIO BOIX.